

LA ORACIÓN COMO ALIANZA¹

Sabed que el Señor me ha mostrado su amor. El Señor me escucha cuando lo invoco. (Salmo 4)

El salmista, esa cadena anónima de creyentes y poetas, habla de Dios y, sobre todo, *habla a Dios*. Sus palabras rezuman una confianza impresionante. En ellas se despliega la alegría y el agradecimiento, el dolor y la queja, la esperanza y hasta una inusitada exigencia.

Esta confianza que se prolonga en el tiempo, formando una red inmensa de hermanos y hermanas, es la que nos ha llevado a descubrir a Jesús. En Él hemos conocido a Dios, por Él nos ha llegado la misericordia y la fidelidad de Dios (Jn 1, 17). Jesús es la respuesta al clamor más profundo de todo ser humano. En Él, Dios nos ha hablado y escuchado, ha hecho alianza definitiva con todos nosotros.

A esta unión profunda de vida –eso es la alianza–, somos llamados continuamente. Dios no se cansa de invitarnos. Desde su experiencia, Teresa de Jesús, lo explicaba así: «públicamente nos llama a voces. Mas, como es tan bueno, no nos fuerza... toma lo que le damos... como es Señor, consigo trae la libertad y, como nos ama, hácese a nuestra medida»¹ (C 20 y 28).

Nos ama y nos llama, pero su inmensa bondad le impide a Dios *imponer* su alianza, atronarnos para obligarnos a oírle. Él se da a conocer amando. Amor y libertad son sus credenciales. «Muy de otra manera le amaríamos si le conociésemos», concluye Teresa. Muy de otra manera vivimos cuando lo hacemos a la luz del amor, porque vivimos confiando y generando vida alrededor.

«¡SHEMA, ISRAEL! ¡ESCUCHA, ISRAEL!» (Dt 6,4)

La antiquísima confesión de fe judía, tantas veces orada por Jesús, ilumina la Alianza, la relación entre Dios y su pueblo, entre Dios y cada uno de nosotros. Orando se educa nuestro oído y nuestro corazón para reconocer a Dios, para aprender a amar y a cuidar la vida. Esas tres cosas nos pone sobre la mesa el Shema: reconocer, aprender, cuidar.

Reconocer a Dios es «entender el particular cuidado que tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando que nos estemos con Él» (7M 3, 9). Así lo decía Teresa. Dios nos pide compañía, desea nuestra amistad.

La amorosa cercanía de Dios, su oído inclinado siempre hacia nosotros y su voz, prestando amparo a nuestra inquietud, no son solo para que vivamos mejor cada uno personalmente, no son solo para aumentar nuestra alegría, aunque a Dios le importa mucho nuestra felicidad. La intimidad con que Dios nos busca, de mil maneras distintas –porque distintos somos cada uno–, es para llevarnos a lo mejor que Él nos puede dar, a «darnos vida que sea imitando la que vivió su Hijo tan amado» (7M 4, 4), que dedicó su vida a amar y servir.

Tal vez por eso, Malaquías advertía de lo único que nos hace romper esta alianza, diciendo: «¿No tenemos todos un solo padre? ¿no nos creó un mismo Dios?, ¿por qué uno traiciona (despoja) a su hermano profanando la alianza de nuestros padres?» (2, 10).

«Escucha, Israel» es ahora, en la nueva alianza, escuchar al Hijo amado. Es, para nosotros, poner los ojos en Jesús, poner los ojos en el Crucificado que vive para siempre, que se ha quedado con nosotros hasta el fin del tiempo.

1. «Desde ahora os llamo amigos» (Jn 15, 15): La alianza

¹ 11/12/2011

La vida cristiana es un misterioso diálogo que pone en marcha la alianza. Jesús sitúa la clave del diálogo en la amistad cuando dice: «Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que oí a mi Padre». Jesús, siempre en sintonía con el Padre, nos introduce en esa conversación, íntima y abierta a la vez, nos introduce en la alianza. Con un fin muy claro: que logremos permanecer en el amor.

Hablar de la oración como alianza es hablar de amistad, es hablar de vida compartida y comprometida, porque orar es vivir en amistad. Se trata de aprender a vivir en relación, aprender a ser amigos, a vivir como amigos.

Si queremos entrar y arraigar en este diálogo de vida, capaz de ir transformándonos en amigos del Amigo, necesitamos mantener algunas actitudes y marcar el norte en cada etapa de nuestra vida. Nada verdaderamente humano sucede por azar ni de repente, ni se mantiene sin más. La calidad, y también la calidez, de la persona amigable que lleguemos a ser en la vida, dependen de lo que de día en día vamos eligiendo y cultivando.

Antes que nada, hemos de insistir, con la mayor sinceridad y valentía, en reconocer a Dios. Juan de la Cruz dice en su *Cántico Espiritual* que Dios «solo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo» (14, 8). Dios siempre es más pero, a menudo, en un sentido diferente de como esperamos. Por eso a veces nos causa conflicto, porque reconocer al Dios de Jesús nos lleva a despedir a otras imágenes de Dios que lo hacen un poco más manejable, menos misterioso y menos comprometido.

El Dios que nos sigue el rastro, como dice Ezequiel (34, 12), se nos escapa al mismo tiempo, porque la experiencia de liberación a la que nos invita no es la magia de un instante, sino la larga travesía por un desierto, con jornadas estelares y etapas difíciles, donde Él, pacientemente, nos teje un corazón nuevo que nos abre los ojos para verle. Nos da un corazón misericordioso, y en la misericordia es donde se ilumina el misterio de Dios.

Acoger el nuevo corazón es desnudarse del viejo y de sus viejas obras. Y es también descubrir el secreto precioso que nos habita y que a veces escondemos o ignoramos. Teresa decía que «jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios» (1M 2, 9). Ni acabamos de conocer a los demás. Porque solo el amor ilumina lo profundo de todo.

El tú a tú que nos propone ese «os llamo amigos», requiere que aparezcan de verdad los rostros de los amigos. Y genera una comunidad de transparencia, es decir, un grupo de hermanos que solo existe, si cada uno es él mismo y vive en apertura. Un grupo marcado por la misma relación que Dios establece con nosotros: por el amor y la libertad.

La amistad se construye en el tú a tú, y cuanto más iluminado está cada uno, más profundidad se da en la mutua escucha y acogida. Para esto necesitamos la vida entera. Necesitamos mantener una disponibilidad íntima y permitir que la vida ensanche nuestro espacio interior, con sus rutinas e imprevistos, con sus golpes y sus caricias.

2. «Por favor, dime tu nombre» (Gn 32, 30): Dios

«Dios es amor... En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios: sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados» (1Jn 4, 8-10)

El autor de la Primera Carta de Juan parecía hacerse eco de la pregunta de Jacob, pregunta que ha acompañado la fe desde siempre: ¿Quién eres tú, Dios? Y empezó a decir: Dios es vida, Dios es luz y es aquel de quien nos podemos fiar. Luego dio un paso más, y llegó a decir que Dios es amor. Ese es su nombre.

Pero se dio cuenta de algo. Había dicho lo más que se podía decir en palabras humanas sobre Dios: que es amor. Y ahí se abría la puerta a un misterio tan insondable

como tangible, pensaba él. Sin embargo, comprendió también –porque en su propia comunidad tenía algunos que no habían entendido esto– que era posible volatilizar esta infinita verdad.

Tal vez por eso explicó qué significa que Dios es amor. Significa que ama, que Él es el que ama. No es el amor abstracto, colocado como algo sublime o petrificado. El amor en acto, ese es Dios. «Y nos envió a su Hijo», para darnos vida, para iluminarnos, para mostrarnos el amor que es y que nos tiene. Para que lo descubramos viviente y entrañado en nosotros.

Este es el Dios que *se alía* con nosotros. El Dios que ama con amor eterno y trata con bondad (Jr 31, 3). De esta fuente mana todo, incluso nuestro sí a la alianza.

Teresa de Jesús, como si supiera con qué facilidad saltamos el capítulo de Dios como algo ya sabido, advirtió con fuerza, al empezar a escribir el libro de *Las Moradas*, que hablamos mucho de lo que podemos (y debemos) hacer nosotros, pero poco de lo que hace Dios. De cómo su amor vive y trabaja en nosotros. De la vida que continuamente genera en nosotros, de cómo es capaz de ir cambiándonos, transformando nuestro corazón y haciendo renacer lo mejor de nuestras entrañas.

Este es el apartado central de nuestra reflexión. Porque dependiendo del Dios en quien creamos, podremos tener con Él un diálogo u otro. Oraremos de una manera o de otra. Viviremos de un modo u otro.

Nuestro diálogo con Dios y con los demás –pues ambos diálogos están mucho más unidos de lo que solemos pensar– está ligado a esta imagen. Un Dios vivo que ama, nos hace crecer y avanzar. La más leve intuición de su presencia despierta lo mejor de nosotros. Y, a la vez, esa presencia es la que nos abre los ojos hacia los demás.

Teresa de Jesús, cuya palabra nos va acompañando en este buceo que estamos haciendo, decía: «amor será entender quién es este Padre nuestro y quién es el maestro» (C 24, 2). Y aquel hombre de Dios que fue Dietrich Bonhoeffer, decía que el Dios que se revela en Jesús pone del revés todo lo que el hombre religioso espera de Él.

Por esto, amor y audacia son necesarios para buscar y acercarse una y otra vez al rostro vivo de Dios, para conocerlo mejor. Para permitir que su calor derrita, las veces que haga falta, las durezas de nuestros ojos, que nos impiden ver como mira Él. Para que su cercanía vaya deshaciendo las barreras de nuestro corazón, y nuestros prejuicios. Y barrera es cualquier cosa que nos separa de los demás –y por tanto de Dios–, que nos permite hacer una exclusión, del tipo que sea.

El Dios de la Alianza, aquel que no excluye a nadie, nos llama a ser creadores de alianza, a no excluir a nadie, a no anteponer nada al amor concreto a cada uno «de estos más pequeños» (Mt 25, 40).

3. «Tendrás un nombre nuevo» (Is 62, 2): Nosotros

En esta historia, nosotros somos los amados. La Biblia derrama en palabras, relatos, cuentos, el cariño de Dios hacia los seres humanos, y su respuesta. Dios tiene una querencia sorprendente, un afecto íntimo y activo. La Biblia relata el deseo de Dios, casi más que cualquier otra cosa, y su deseo es comunicarse con nosotros para darnos vida y mostrarnos su amor.

Nosotros nos movemos entre la necesidad y la posibilidad. Somos pura necesidad e infinita posibilidad. Y el amor es lo que puede realizar algo de armonía en esta contradicción que somos. Necesitamos conocer los polos que nos dibujan para no perdernos, necesitamos conocernos para poder elegir la dirección de la vida. Ahí nos jugamos más de lo que a primera vista parece.

Todo esto es algo muy concreto en cada uno de nosotros. Nos corresponde tomarnos el pulso en la vida y optar. En su mayoría, son pequeñas decisiones las que

van definiendo nuestro ser. Y, por ello, siempre necesitamos un trabajo de discernimiento y honradez con nosotros mismos, con los demás y con la realidad.

Con su sabiduría, Teresa decía que era muy importante juntarnos los que somos amigos del Amigo, «para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios» (V 16, 7). Juntarnos para «desengañarnos», para iluminarnos mutuamente, frente a frente y sin echar el balón fuera.

Tenemos un nombre nuevo: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios» (1Jn 3, 1). Un nombre nuevo: hijos amados. Y continúa la carta: «que nadie os engañe... hijo es quien ama a su hermano» (10). Tenemos la vida entera para acabar de comprender qué significa este nombre.

El nombre nuevo que Dios nos da es para nosotros un empeño hondo. Es una llamada a ser, a ir cambiando de día en día nuestro corazón. En el diálogo, escuchándole y hablándole, vamos descubriendo cómo somos amados y vamos aprendiendo, con no pocos rodeos y desvíos, a amar, a ser hijos. Aprendemos a elegir la dirección de Jesús.

Que nuestro diálogo con Dios, la íntima conversación que tantas veces tenemos sin palabras, no encalle, no entre en vía muerta, depende de todo esto. De descubrirnos personalmente amados, de dejarnos afectar por ese amor, de salir permanentemente de la indiferencia ante la voz de la Presencia, tantas veces mostrada en pequeñas presencias.

4. «Os escucharé... me dejaré encontrar» (Jr 29, 12-14): Aprender a orar

Aprender a orar, ¿se aprende a ser amigo? Sí, se aprende. La Biblia está llena de *noviciados* en la fe y en el seguimiento. La alianza no es algo ya hecho, sino algo que vamos haciendo con Dios a lo largo del camino. Orar es aprender a vivir en alianza, a ser amigos de Dios. Elías, Jonás y Pedro nos pueden dar pistas.

Dios escucha, y se deja encontrar, pero se revela de manera diferente a como esperamos muchas veces. Su fuerza no se impone, su justicia no es como la nuestra, y su bondad desborda nuestros mejores esquemas de generosidad. Su razón de amor deshace muchos de nuestros argumentos, a la vez que despierta nuestros deseos más profundos y humanos. Lo más verdadero de nosotros.

La voz de Dios parece tropezar siempre con nuestras medias verdades, que nos tapan el oído, y con nuestras seguridades, que no son negativas en sí, pero que tantas veces nos llevan a una especie de infalibilidad e inmunidad, que acaba por apartarnos de la verdad y la misericordia. Felizmente, somos hechura suya y su vida logra abrirse paso en la nuestra por poco que le dejemos.

ELÍAS

Elías, el profeta orante, había rezado diciendo: «respóndeme, Yahveh, respóndeme, y que todo este pueblo sepa que tú, Yahveh, eres Dios que conviertes sus corazones» (1Re 18, 37), y vio caer el fuego abrasador como señal de la presencia de Dios. Pero después experimentó el miedo, y lo largo que puede ser el camino de la vida y de la fe, hasta volver a descubrir a Dios en «el susurro de una brisa suave» (19, 12).

Dios se deja encontrar, no solo cuando su Espíritu se deja sentir en la fuerza del amor que nos da, que nos lleva a entregarnos a los demás con energía, sintiéndole en medio de la lucha cotidiana. Dios llega con mucha frecuencia en el murmullo de la vida, entre las cosas anodinas y a veces ásperas. Dios llega *inútilmente*, porque la brisa ni presiona ni impresiona. En lo cotidiano se abre una brecha que invita a la gratuidad, a esperar un susurro vivificante que no dominamos. La gratuidad nos enseña a esperar a Dios en la vida.

JONÁS

Jonás, tan rebelde como creyente, y hasta con un punto de desvergüenza, en momentos muy duros fue capaz de orar y confiar. Llegó a decir: «Tú oíste mi voz... mi oración llegó hasta ti». Y descubrió la salvación de la mano de Dios. Pero no le bastó. Bajo el signo del desconcierto, Jonás entrevé al Dios compasivo y misericordioso sin límites. Para Jonás, como para nosotros, el no-límite de la bondad divina es perturbador.

La historia de Jonás nos acerca a un capítulo fundamental de Lucas que empieza así: «todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle. Los fariseos y maestros de la ley murmuraban: este acoge a los pecadores y come con ellos» (15, 1-2). Jesús, como el Dios de Jonás, tiene compasión de quienes lo necesitan. Sean ninivitas o publicanos, los alejados, mal vistos o invisibles, los separados de Dios. Él acoge, escucha y les da su palabra.

Jonás desvela una advertencia que sigue vigente para nosotros: huimos a veces de Dios porque su bondad se extralimita y llega allá donde la nuestra tiende a replegarse. Reconocerle así en la vida cotidiana, escuchar ahí su voz, ilumina una posibilidad de amar que nos hace removernos dentro de nosotros mismos, pero que nos desvela el camino de la verdadera alegría. Si el exceso divino no es imitable, sí podemos entrar en la vía que abre y seguir su huella, acercándonos a las Nínives que siguen existiendo, donde el Compasivo nos espera.

PEDRO

Y finalmente Pedro. Había tenido una experiencia fulgurante orando en el monte con Jesús, pero sin comprender entonces qué significaba que «el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres» (Lc 9, 44). Fue y volvió muchas veces intentando comprender a Jesús. Le llamó «Cristo, Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16), pero sin entender tampoco su camino de servicio hasta las últimas consecuencias. Prometió no negarle, y lo hizo tres veces.

Jesús siempre desdoblaba su pequeña fe, sacando un poco de quicio sus sueños de grandeza, pero suscitando a la vez lo mejor que había en él. Solo más tarde, después de un largo camino recorrido codo a codo con él, aceptando que en el fracaso Jesús no se desvanece, y atravesando el misterio con mucha humildad, pudo acabar diciendo: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero» (Jn 21, 17).

Todo parece conducirnos a la necesidad de dejar a Dios entrañarse en nosotros. Algo así sería el Espíritu: Dios, su amor entrañado en nosotros, que va fluyendo en nuestra vida, como fluyó en la de Jesús, si no cerramos la puerta.

Si, como estos creyentes de primera hora y de primera línea, que aprendieron a ser amigos, que se dejaron enseñar a orar, permitimos que la gratuidad, la bondad y la humildad –que, como decía Teresa, es andar en verdad–, broten poco a poco en nosotros, aunque sea en línea discontinua, permaneceremos y creceremos en el amor que es este Dios que nos escucha y se deja encontrar.

5. «Al orar no os perdáis en palabras» (Mt 6, 7): orar es amar

Jesús buscó la soledad para orar. Sin duda, también oró en comunidad, pero necesitó tiempo y silencio para estar con el Padre. Con Él estaba cuando iba anunciando el Reino por los caminos, cuando asistía a fiestas y se acercaba a la gente menos recomendable. Pero buscó esta intimidad con el Padre y nos invitó a ella.

Nos avisó de que en la palabrería humana hay muchas veces miedo al encuentro cara a cara. Las palabras se pueden convertir en un escudo de defensa. Ni habla nuestro corazón, ni podemos escuchar a Dios, aunque recitemos cosas preciosas. Y así sucede cuando sustituimos o llenamos el silencio de *ayudas*, que a veces son necesarias para iniciar, pero que después pueden distraernos del tú a tú, o *salvarnos* del cuerpo a cuerpo.

Orar es entrar en la corriente del amor. Eso nos abre a la mayor sencillez: orar es estar con el Amigo por excelencia. Y nos adentra en el mayor misterio, porque el amor es una hondura insondable. La sencillez anima en nosotros la comunicación. Entendemos que vale un suspiro, una mirada, una palabra suelta o un derramarse ante Dios. Y el misterio nos invita a desear siempre dar un paso más.

La gran promesa de Dios es la paz. Una paz que llega hasta los confines del mundo. De nuestro mundo interno, de nuestro pequeño círculo amado y del mundo desgarrado por el dolor. Dios nos ofrece esa paz también en la oración, cuando tratamos de amistad con Él. No es la paz que adormece o tranquiliza, es la paz que da fuerza, que abre los ojos, que empuja al camino de la confianza y la fraternidad.

En el encuentro cuerpo a cuerpo, Jesús nos va enseñando el Reino. Nos descubre la salud en el perdón. Nos muestra la luz en la misericordia. Así nos cura, a veces en un instante inesperado, a veces a través de muchos momentos. Así nos enseña a vivir con lo incurable, como camino de solidaridad profunda. Y así también, nos enseña a curar, buscando a quienes necesitan salud.

Entender esto nos acerca a Jesús, porque descubrimos que siempre y en todo momento podemos orar. ¿Quién o qué nos puede impedir mirar a Dios en cualquier circunstancia? Nadie ni nada. En cualquier momento podemos sintonizar con el corazón de Dios, entrar en la morada que tiene en nosotros, donde habita. Donde nos enseña el amor.

Orar es dejarse modelar, en ese centro de nuestra alma, por el amor. El alfarero trabaja en silencio y con cuidado. Pide confianza para poder hacer la obra. Pide colaboración: ese poquito que podemos poner nosotros y que es acudir al interior. No se trata de ensimismarnos, sino de mirar la vida, las personas y los acontecimientos, con ojos más profundos. Se trata también de aceptar un silencio a veces desnudo. Acudir a lo interior es atención y paciencia para descubrir el fondo de todo y cómo ahí siempre corre una brisa, nos habla un susurro.

«No os pido más que le miréis», decía Teresa, «para aprender el amor que nos tiene» (C 26).

6. «Orar siempre sin desanimarse» (Lc 18, 1): orar es confiar

En el evangelio de Lucas, Jesús cuenta una parábola –la del juez y la viuda–, para decir a sus discípulos que no se cansen de orar, que no se desanimen nunca. El último evangelista resume la parábola en una pequeña frase que Jesús dirige a Dios: «Tú siempre me escuchas» (Jn 11, 42).

Dios escucha siempre. Ahí se apoyó Jesús y ahí lo hacemos nosotros. Por eso es tan importante la imagen que tenemos de Dios y la experiencia que vamos haciendo de su presencia en nuestra vida. Sentirnos amados, reconocidos por Dios. Descubrirnos alojados en su misericordia: siempre perdonados, siempre esperados, siempre lanzados hacia delante. Eso nos hace entender que somos escuchados.

Aquí, la carta a los Hebreos relocaliza algo. Jesús oró. Intensamente. Y fue escuchado. Y el autor termina el comentario diciendo que «aprendió sufriendo a obedecer» (5, 8). Aprendió a confiar, a vivir en absoluta disponibilidad al Padre, a su proyecto de amor, y le costó la vida. Pero fue escuchado. Orar es radicalizar la confianza. Es decidirse a estar disponible para el Reino.

Necesitamos recuperar la fuerza profética de la oración que clama ante Dios. Que se pone ante Él lleno de confianza, dispuesto a no moverse de su presencia, en favor de los sufrientes de este mundo. Que sabe que permanecer ahí, moviliza el propio corazón, renueva las fuerzas.

Pero es importante no olvidar algo que Juan de la Cruz, tuvo que explicar a sus amigos y hermanos y es que Dios no hace nada que podamos hacer nosotros²; es tan

exquisito en el amor, que jamás usurpa nuestro lugar. Ni nos engaña: no es un tapa-agujeros. Su poder es el del amor crucificado. Y su luz, ya lo hemos dicho, es la de la misericordia, que nos hace buscar siempre, junto a los demás, el camino, las soluciones, los remedios, el camino de la justicia, en definitiva.

Pedir a Dios es abrirse a su Espíritu, que abre el nuestro. Nunca será aguardar encogidos, con el talento recibido escondido en tierra (Mt 25, 25). Será siempre ahondar la confianza, crecer en la comunión de voluntad y descubrir que Dios no da, sino que se da a sí mismo.

Conclusión

En la oración, en el camino de la amistad con Dios, la gratuidad, la simplicidad y la complicidad amorosa, son las señales de que vamos adelante.

La gratuidad es señal de la presencia amorosa de Dios, y es indicio de que crecemos en la amistad. No intentar apresar a Dios, dejar que todo vaya naciendo en nosotros desde el amor agradecido, desde la experiencia más honda de sabernos perdonados y amados. Que, muchas veces, no significa que salga espontáneamente, sino que podemos elegirlo.

La simplicidad es señal de la presencia del Espíritu en nosotros. Mi alianza, dice Yahveh, es «mi espíritu que ha venido sobre ti» (Is 59, 21). Y ese Espíritu nos devuelve siempre a un camino de sencillez, de desprendimiento y libertad.

Y la complicidad es señal de seguimiento y unión con Dios. Una complicidad amorosa que es gustar a Dios, «estar en las cosas del Padre» (Lc 2, 49), como Jesús. Complicidad es buscar primero «el Reino y su justicia» (Mt 6, 33), es ir congeniando con el corazón de Dios.

Cuando dejamos al Compasivo ser nuestro compañero de camino, la vida se convierte, definitivamente, en lugar de encuentro, de alianza. La vida es el campo de esa conversación interminable entre Dios y nosotros.

«*Os escucharé*», dice el Señor... Dios escucha cuando nos reunimos en nombre de Jesús, buscando cómo vivir en su estela. Cuando en nuestra voz está la voz de los que apenas tienen, la voz rota de los que están lejos de todo y la voz humilde de los que aman anónimamente. Dios escucha nuestro deseo de amar, nuestro silencio y nuestro dolor, que en la oración puede convertirse en paciencia solidaria y en «imaginación profética»³.

«*Me dejaré encontrar*»... Dios habla, se deja encontrar en los gestos gratuitos que parece llevarse el viento, en el trabajo entrañable y a veces oscuro, en los reveses de la vida y cuando la bondad parece fracasar. Dios se deja encontrar en la alegría compartida, en el perdón, allá donde tendemos las manos para enjugar lágrimas y reanimar esperanzas.

Dios escucha. La voz que nace de la confianza siempre llega a Él. Dios se muestra. La mirada misericordiosa lo ve.

¹ Las siglas de las obras citadas de santa Teresa de Jesús son: V: *Libro de la Vida*; C: *Camino de Perfección* Valladolid; M: *Las Moradas*.

² Libro de la Subida II, 22, 13

³ Así reza el título de un libro de W. Brueggemann. Muchas de sus pistas siguen siendo válidas para inspirarnos y animar transformaciones que reclama nuestro presente.